

# DAEMON PER OS BARBARAE PVELLAE LATINE LOCVTVS EST: LAS POSESIONES DEMONÍACAS DE MUJERES EN LA HAGIOGRAFÍA LATINA CAROLINGIA

Carlos PÉREZ GONZÁLEZ  
*Universidad de Burgos*

La creencia en Satanás y en los demonios es un tema de plena actualidad en nuestra sociedad; el personaje del demonio y la idea de mal han sido dos entidades continuamente en discusión y que desde diversas escuelas de pensamiento se ha intentado racionalizar y circunscribir a la esfera de la mera creencia o, en último extremo, al campo de la superstición. Sin embargo, la sociedad, por más prosaica y laicista que se declare, no puede eliminar de golpe y porrazo una creencia arraigada en los más hondo de nuestro patrimonio común y, por qué no, cristiano<sup>1</sup>.

Esta creencia en el demonio y las fuerzas del mal, y en sus fuerzas maléficas sobre el hombre arranca ya de la Antigüedad y como tal la encontramos entre persas, judíos, griegos, romanos y cristianos<sup>2</sup>.

Las ideas cristianas sobre el demonio se remontan a las creencias del cristianismo primitivo que había heredado de los apócrifos y de los apocalípticos judíos.

<sup>1</sup> Esclarecedor a este respecto es la fascinante y a la vez documentada monografía de un especialista en el tema del demonio como es el Padre René Laurentin, afamado teólogo, exorcista, Perito conciliar del Vaticano II y miembro de la Pontificia Academia Teológica de Roma: *El demonio ¿símbolo o realidad?*, trad. esp., Bilbao, Desclée de Brouwer, 1998.

<sup>2</sup> Cfr. J. B. Russell, *El diablo. Percepciones del mal, de la Antigüedad al Cristianismo primitivo*, trad. esp., Barcelona, Laertes, 1995.

Ideas que fueron aceptadas por Jesús y recibidas en el cuerpo doctrinal de cristianismo de la primera época<sup>3</sup>. Ya en el siglo I a.C. el *Libro de Enoch* afirmaba que no era sino uno de los “Satanes” el que había conducido a Eva por el mal camino<sup>4</sup>. Por lo tanto, ya en esta época se le relacionó de manera explícita con la serpiente que aparecía en el Edén. Esta idea, con muy pocas matizaciones, será adoptada por los Padres de la Iglesia: Desde Justino, quien allá por el siglo II asienta el criterio de que “los perversos demonios habían echado un velo sobre las divinas enseñanzas de Cristo con el fin de apartar de ellas a los hombres”<sup>5</sup>, pasando por Cipriano de Cartago (para quien todos los cismas y herejías son causa del demonio<sup>6</sup>), Minucio Félix<sup>7</sup>, Taciano<sup>8</sup>, Tertuliano<sup>9</sup>, Orígenes<sup>10</sup>, Juan Crisóstomo<sup>11</sup>, Melitón de Sardes<sup>12</sup>, Lactancio<sup>13</sup> hasta Sulpicio Severo<sup>14</sup>, el demonio aparece como un ser, no definido, en principio etéreo y luego bajo la apariencia de animales, que se dedica a asediar al hombre e intenta hacerlo apartarse de la *recta doctrina*.

<sup>3</sup> Cfr. J. M<sup>a</sup>. Blázquez, *Intelectuales, ascetas y demonios al final de la Antigüedad*, Madrid, Cátedra, 1998, pp. 527-563 y esp. 527-30.

<sup>4</sup> *I Enoch*, 69, 4-6.

<sup>5</sup> *Iust., apol.* 2, 12.

<sup>6</sup> *unit. eccl.* 3, 54: Cauenda sunt autem non solum quae sunt aperta adque manifesta, sed et astutae fraudis subtilitate fallentia. Quid uero astutius quid ue subtilius quam ut, christi aduentu detectus ac prostratus inimicus, postquam lux gentibus uenit et sospitandis hominibus salutare lumen effulsit –ut surdi auditum gratiae spiritalis admitterent, aperirent ad deum oculos suos caeci, infirmi aeterna sanitate reualescerent, clodi ad ecclesiam currerent, muti claris uocibus et precibus orarent– uidens ille idola derelicta et, per nimium credentium populum, sedes suas ac templa deserta, excogitauerit nouam fraudem ut sub ipso christiani nominis titulo fallat incautos? haeresis inuenit et schismata quibus subuerteret fidem, ueritatem corrumperet, scinderet unitatem.

<sup>7</sup> *Min. Fel.*, 28: His enim et huiusmodi fabulis iidem daemones ad execrationis horrorem imperitorum aures aduersus nos referserunt. Nec tamen mirum, quum hominum fama, quae semper insparsis mendaciis alitur, ostensa ueritate, consumitur: sic est negotium daemonum; ab ipsis enim rumor falsus et scribitur et fouetur.

<sup>8</sup> Discípulo de Justino trata con detenimiento el tema de la demonología en un tratado hoy perdido que menciona en su *Diatessaron*. No obstante, parte de su pensamiento sobre este tema se recoge en su *Oratio ad Graecos*.

<sup>9</sup> *Ad Scapulam*.

<sup>10</sup> *Exhortación al matirio*.

<sup>11</sup> *Contra los juegos circenses y el teatro* y esp. el *Discurso contra los griegos*, cap. 8-20, un auténtico tratado de demonología.

<sup>12</sup> *Homilía sobre la pasión*, 66-68.

<sup>13</sup> *Inst.* 2.14.5: sic eos diabolus ex angelis dei suos fecit satellites ac ministros. Qui autem sunt ex his procreati quia neque angeli neque homines fuerunt, sed mediam quandam naturam gerunt, non sunt ad inferos recepti sicut in caelum parentes eorum. Ita duo genera daemonum facta sunt, unum caeleste, alterum terrenum... Texto que recoge una serie de ideas sobre el demonio que luego renacerán en la demonología de los monjes medievales.

<sup>14</sup> *Vita Martini*. A este respecto revelador es el trabajo de J. M<sup>a</sup> Blázquez antes citado que dedica unas páginas (pp. 543-47) a estudiar la demonología en la “Vida de Martín de Tours” de Sulpicio Severo.

Unos tópicos que aparecen por doquier en el *Antiguo Testamento* y lo seguirán haciendo con más definición en el *Nuevo*; baste recordar las rebeliones contra Dios, la guerra de los astros y el combate escatológico que aparecen en *Isaías* (14, 12 y ss.) y *Ezequiel* (28, 2) o los diversos casos en los que Jesús expulsa demonios, casos que contados con más o menos detalles por los Evangelistas ilustran la creencia en este ser, que no deja de ser por ello una criatura divina expulsada del cielo por su soberbia y vanidad, cualidades que demuestra en toda la literatura bíblica y religiosa de la Antigüedad y del Medievo. A pesar de todas estas noticias, el *Nuevo Testamento* no nos da una enseñanza directa y formal sobre el demonio, sólo nos proporciona datos ocasionales y dispersos a lo largo de los diversos episodios como son: El endemoniado de Cafarnaún<sup>15</sup>, el epiléptico endemoniado<sup>16</sup>, la niña cananea<sup>17</sup>, el energúnemo de los cerdos<sup>18</sup> o el demonio mudo<sup>19</sup>. Satanás y sus demonios, tal y como los percibieron los antiguos cristianos, eran ya “producto de una larga y compleja evolución”<sup>20</sup> y continuarán cambiando en los siglos siguientes. Para finales de la Edad Media éstos se transformarán en unos seres temibles que intervendrán, hasta niveles insospechados y mucho más que antes, en la vida de los cristianos. El caso de la literatura carolingia, si bien sigue esta *traditio* cristiana y medieval, es a nuestro modo de ver algo especial, pues el demonio muchas veces adquiere la faceta de moralizador. Pero de ello hablaremos más adelante.

Los hombres de la Antigüedad y del Medievo han tomado conciencia de este mundo de manera simbólica y poética y a ello ha contribuido de manera decisiva la *Biblia*, que ejerció una crítica desmitologizante sobre el conjunto de figuraciones asiro-babilónicas, egipcias, etc., y sus animales fantásticos<sup>21</sup>. Con todo, la Edad Media y más concretamente la Baja Edad Media permaneció inclinada a representar a los demonios como animales de pies hendidos. Los autores cristianos, deudores casi al 100% de las enseñanzas de la *Biblia*, tardaron de liberarse de esta imagen material: San Agustín, San Fulgencio y otros más atribuían el demonio un cuerpo “aéreo”:

Son animales aéreos cuyos cuerpos aéreos gozan de una naturaleza aérea y, por esta razón, no pueden quedar disueltos por la muerte (*De genesi ad litteram*, 1, 3, 10)<sup>22</sup>.

<sup>15</sup> Mc. 1, 21-28; Lc. 4, 31-37.

<sup>16</sup> Mt. 17, 14-18; Mc. 9, 14-29; Lc. 9, 33-45.

<sup>17</sup> Mt. 15, 21-28; Mc. 7, 24-30.

<sup>18</sup> Mc. 5, 1-20; Mt. 8, 28-34; Lc. 8, 26-39.

<sup>19</sup> Mt. 9, 32-34 y 12, 22; Lc. 11, 14.

<sup>20</sup> N. Cohn, *Los demonios familiares de Europa*, trad. esp, Madrid, Alianza Editorial, 1987 (reimpr.), p. 100.

<sup>21</sup> R. Laurentin, *op. cit.*, p. 90 y ss.

<sup>22</sup> Aug., *gen ad litt.*, 3, 10: Quapropter, etsi daemones aeria sunt animalia, quoniam corporum aeriorum natura uigent, et propterea morte non dissoluuntur...

Se dice que los ángeles tienen un cuerpo etéreo, esto es de fuego, en tanto que los ángeles malos, es decir los demonios, lo tienen aéreo (*De trinitate* 9)<sup>23</sup>.

Será Tomás de Aquino quien dé una coherencia filosófica a la tradición demonológica cristiana mediante una penetrante reflexión sobre la naturaleza espiritual de los ángeles, su pecado y su degradación, visión que comparte e incluso radicaliza, como más abajo veremos, E. Mangelot.

Pseudo-Dionisio<sup>24</sup>, autor del siglo VI, intentó identificar la jerarquía de los ángeles y los organizó en tres estratos ternarios que forman los conocidos nueve coros de ángeles<sup>25</sup>:

Tronos, querubines, serafines,  
Potestades, virtudes, dominaciones,  
Ángeles, arcángeles y principados.

Éste describía la vida y funcionamiento de los mismos siguiendo el modelo filosófico griego de la participación y la comunicación: los ángeles emanan de Dios como una cascada de luz que parte de él, que es la fuente de toda luz.

Siendo los demonios las ruinas caídas del edificio angélico que nos describe Dionisio, cabe preguntarse ¿qué lugar ocupaban los demonios en dicho edificio? Si nos guiamos de la *Escritura* y de las diversas opiniones de los autores y comentaristas de la misma, Dios puso en la cúspide de la creación a un ángel supremo, al que según *Isaías* (14, 12-13) se llama “Lucifer”:

¡Cómo has caído de los cielos, Lucifer, hijo de la aurora!

Esta posición del demonio ha hecho que su voluntad esté más degradada. Escuchemos lo que nos dice E. Mangelot a este propósito en el *Dictionnaire de Théologie catholique*<sup>26</sup>:

Los demonios en todos sus actos no buscan y no quieren más que el mal. Si, a veces, uno de sus actos parece bueno en sí, está siempre viciado por alguna circunstancia mala: Cuando los demonios dicen la verdad, por ejemplo, es para engañar mejor a continuación. Cuando confesaban la divinidad de Cristo en la tierra, no era tributarle gloria y atraerle adoradores, sino para combatirle mejor. Los demonios, en

<sup>23</sup> Fulg. Rusp., *trin.* 9: Corpus ergo aethereum, id est igneum, eos dicunt habere; angelos vero malos, id est daemones, corpus aereum. Ergo post lapsum malorum et stabilitatem bonorum, placuit omnipotenti deo aliam condere creaturam rationalem, libero arbitrio exornatam, per quam numerus ille angelorum de caelo labentium qui perierat suppleretur.

<sup>24</sup> La Edad Media identificará a este Dionisio con el filósofo ateniense convertido por san Pablo con motivo del discurso en el Areópago. Cfr. *Hch.* 17, 34.

<sup>25</sup> Esp. en *De ecclesiastica hierarchia*, 7.

<sup>26</sup> *Sub voce* “Demón”, vol. 4 (1911), p. 403.

efecto, según la doctrina de Sto. Tomás, no pueden hacer actos si no es conformándose con el fin que se habían propuesto en su rebelión primera, ya que se han adherido a ella con todas las fuerzas de su ser hasta el punto que, desde entonces, no pueden querer ningún otro. Ahora bien, este fin es perverso en sí: es la guerra a Dios y, por consiguiente, a todo bien. Por lo tanto, todos sus actos, de una u otra manera, están dirigidos hacia el Mal. Después de la caída, el pecado forma parte, en cierto modo, de la naturaleza de los demonios y ya no es separable de ella.

Ahora lo que nos interesa es analizar y determinar el caldo de cultivo en el que esta creencia en el demonio se encuentra, sin olvidar la estrecha relación que siempre se estableció entre Satán y sus secuaces, y la magia, mántica y brujería, campos en los que la mujer, ya desde antiguo acusada de una propensión a este tipo de práctica, ocupa un lugar preeminente y, en muchos casos, es la víctima y presa preferida de este ser, principalmente, por dos motivos, por su debilidad conatural que se la supone y por ser el vehículo más apropiado, debido a sus armas seductoras, para hacer caer el hombre en el pecado<sup>27</sup>. Hecho que no debe sorprendernos, pues ya en el Génesis, el demonio es el que instiga a Eva para que Adán cometa el pecado; y este hecho precisamente va a ser un tópico en toda la literatura hagiográfica medieval.

La sociedad carolingia, el *locus* donde surge este tipo de recursos literario que vamos a analizar en este trabajo, es una sociedad que se encuentra tremendamente polarizada a nivel espiritual. Por un lado, está la elite política, cultural y religiosa, que copa todas las esferas del poder y que adolece de una educación y formación como era conveniente a un Imperio que se erige en el sucesor del Antiguo Imperio Romano de Occidente y, por otro, el pueblo sumido aún en la barbarie y al que los misioneros irlandeses y las escasas fundaciones existentes a lo largo y ancho de todo el Imperio no había logrado apartar de sus convicciones y creencias paganas. Con la llegada de Carlomagno al poder la sometió a un proceso de regeneración que tradicionalmente se conoce como Renacimiento Carolingio<sup>28</sup>. El cristianismo, en cuyo paladín se había erigido Carlomagno, y principalmente el modelo educacional insular fueron el modelo en el que se fijaron los intelectuales carolin-

<sup>27</sup> Cfr. J. C. Bologne, *De la antorcha a la hoguera. Magia y superstición en el Medioevo*, trad. esp., Madrid, Anaya, 1997

<sup>28</sup> Cfr. Lehmann, P., "Das Problem der Karolingischen Renaissance", Monteverdi, A., "Il problema del rinascimento carolino", Ganshof, F.L., "La discussione sul tema: Il problema del rinascimento carolino" en *Il problemi della civiltà carolingia*, Settimane di studio del Centro italiano di studi sull'alto medioevo 2, Spoleto, 1954, pp. 309-377; Contreni, J.J., "Inharmonious Harmony: Education in the Carolingian World", en *Annals of Scholarship: Metastudies of the Humanities and Social Sciences*, I, 1980, pp. 81-96; Trompf, G.W., "The concept of the Carolingian Renaissance", en *Journal of the History of Ideas*, 34, 1973, pp. 3-26; Wright, R., *Latín Tardío y Romance Temprano*, trad. Rosa Lalor, Madrid, Gredos, 1989; Contreni, J.J., "The Carolingian Renaissance" en *Renaissances before the Renaissance*, ed. de W. Treadgold, Stanford, 1984.

gios para regenerar esa sociedad bárbara, y Agustín de Hipona el modelo espiritual que se siguió. Intelectuales de la talla de Alcuino de York, el visigodo Teodulfo... tomaron como modelo de referencia el *De civitate Dei* de Agustín, obra que se convirtió en el libro de cabecera del propio Emperador<sup>29</sup>.

Dentro de esta sociedad, sumergida todavía en las antiguas creencias y supersticiones de un pueblo bárbaro como era el franco, se hizo necesaria la eliminación de todo resquicio de paganismo, labor que había comenzado ya siglos antes pero que en este momento adquiere nuevos impulsos<sup>30</sup>.

El emperador que ante los ojos del pueblo aparecía como un personaje dechado de virtudes y un sincero promotor de la cultura tuvo como principal objetivo de su reinado el convertir al Imperio carolingio en lo que acertadamente Emilio Mitre llamó una “Atenas de Cristo”, que superase en saber a la antigua dado el añadido de la fe cristiana<sup>31</sup>. El objetivo no fue fácil de cumplir habida cuenta de la limitación de medios: monasterios como el de Reichenau, Fulda o Sank-Gallen que con el tiempo se convertirán en focos culturales de relativa importancia en este período no contaban con los suficientes fondos bibliográficos desde los que comenzar la reforma de esa sociedad bárbara. Y por paradójico que pueda parecer la inexistencia de medios materiales como los libros o de escuelas monásticas fueron un importante ‘handicap’, pues la reforma de la sociedad pasaba por seguir las enseñanzas del *Evangelio* y de los Santos Padres en sus textos originales, y de dominar la exégesis bíblica como medio de llegar a un conocimiento fiel y seguro de la doctrina cristiana. Un importante autor de este período como es Rabano Mauro (conocido

<sup>29</sup> Vide Eginardo, *Vita Karoli Magni*, 24: Legebantur ei historiae et antiquorum res gestae. Delectabatur et libris sancti Augustini, praecipueque his qui de ciuitate Dei praetitulati sunt. [Halphen, L., (*Éginhard, Vie de Charlemagne*, Paris, Les Belles Lettres, 1994<sup>6</sup>, p. 72) Agustín fue el autor más leído de la Edad Media después de los escritores bíblicos; W. Windelband le denomina “el verdadero maestro de la Edad Media”, M. Simonetti dice “que es el componente esencial de la cultura y espiritualidad de Occidente”. Cfr. Albrecht, M. von, *Historia de la Literatura Romana*, 2 vols., trad. esp. de D. Estefanía y A. Pociña, Barcelona, Herder, 1999, pp. 1505-1544; *Augustinus magister*, 3 vols., Congrès International augustinien (21-2479/1953, París), París, Études augustinienes (Besançon, Impr. de l’Est), 1955. [Suplemento a *l’Année théologique augustinienne*]; *Augustine of Hippo*, Berkeley, Los Angeles, University of California Press, 1967; Barrow, R. H., *An Introduction to Saint Augustine’s “City of God”*, London, 1950; *Saint Agustin et t’augustinisme*, avec la collaboration de A. M. Bonnardière, París, Seuil, 1973 (8<sup>a</sup> ed. rev. y act.) [S. Agostino e la fine della cultura antica, trad. ital. de Costante Marabelli e Antonio Tombolini, Milano, Jaca Book, 1994]; *Id.*, *Agustin et la fin de la culture antique*, París, E. de Boccard, 1983; Troeltsch, E., *Augustin, die christliche Antike und das Mittelalter im Anschluss an die Schrift De Dei*, Munich, 1915; Wilmart, A., “La tradition des grands ouvrages de S. Augustin, III. La “Cité de Dieu””, en MA, 2, pp. 279-294.

<sup>30</sup> Cfr. P. Brown, *El primer milenio de la Cristiandad Occidental*, trad. esp., Barcelona, Crítica, 1997, pp. 173-186; 220-235 y esp. 237-254. L. Halphen, *Carlomagno y el Imperio Carolingio*, trad. esp., Madrid, Akal, 1992, pp. 171-180 y 187-200.

<sup>31</sup> *Las claves de la Iglesia en la Edad Media 313-1492*, Barcelona, Planeta, 1991, p. 22.

como el *praeceptor Germaniae*) no dejó de ser un mero imitador de Isidoro en su obra enciclopédica *De universo* o también conocida como *De natura rerum*.

Los logros de todo este movimiento fueron limitados: apenas se consiguió la formación de una estructura política, social, religiosa y cultural 'decente' que quedó comprometida una vez que murió su impulsor. La reforma de Benito de Aniano, por ejemplo, emprendida en torno al 817, no dejó de ser un proyecto que no llegó a culminarse. Aún con todas estas limitaciones que acabamos de enunciar la defensa de la cristiandad tanto dentro como fuera del imperio (la llamada *dilatatio Christianitatis*), la carta de naturaleza del imperio creado por Carlomagno, se articuló en dos fases<sup>32</sup>:

- Propagación de la fe, tarea que fue llevada a cabo por uno de los grandes evangelizadores con los que contó la iglesia de occidente "San Bonifacio", heredero de las tradiciones misioneras insulares. Precisamente él fue quien marcó las pautas de la política religiosa carolingia.
- Defensa de la fe. Carlomagno fue de uno de los puntos de su programa de reforma de los que más presumió. Imbuidos de todo este carisma espiritual que el apoyo de la Santa Sede les había proporcionados, los principales autores de este movimiento de reforma intervinieron de manera decisiva en las principales disputas teológicas en las que la Iglesia medieval se vio enfrascada: el problema de la adoración de las imágenes y, en último extremo, de la adoración de la cruz fue un tema que trajo en jaque a los teólogos carolingios. Más importante resultó aún la intervención de la Iglesia franca en la herejía adopcionista (Consideraba a Cristo hijo adoptivo del padre), una herejía que tenía su epicentro en la Península Ibérica, desde donde Elipando, obispo metropolitano de Toledo, y Félix, obispo de Urgell, se habían encargado de alentar.

Pero más aún trajo de cabeza a toda la clase dirigente franca la educación religiosa de las masas, acostumbradas a otro tipo de prácticas y de clima religioso más cercano y tangible. El pueblo que muchas veces se había convertido al cristianismo más que a la fuerza como ocurrió en el caso de los sajones, quienes se habían visto obligados a bautismos forzosos, severas penas físicas y un sinnúmero de métodos de terror para conseguir su conversión, una conversión que solo fue de fachada, pues la práctica real de la vida diaria demostraba una radicalización de las conductas paganas y una multiplicación de las prácticas no cristianas. El panorama que nos presenta Jonás de Orleans, en torno al 830, en el *De institutione laicali* no nos habla de otra cosa que de paganismo. Por el contrario, y pese a este rechazo por las prácticas paganas que, como hemos dicho, en muchos casos resultaban incomprensibles

<sup>32</sup> E. Mitre Fernández, *op. cit.*, pp. 18-24.

bles para el hombre de a pie, se observa un aumento por ciertas creencias cristianas como es la creencia en la figura del demonio.

El hombre medieval es consciente de que en su *status viae*, en su peregrinar terrestre, no se encuentra solo. Poderes sobrenaturales de carácter positivo le ayudan a salvarse y le otorgan bienes materiales mientras que, antagónicamente, el diablo, el “enemigo antiguo de la humanidad”, trata que el hombre muera en pecado mortal para que así se condene, además de ser el responsable de todas las catástrofes y cataclismos que, periódicamente o de manera imprevista, destrozan los esfuerzos humanos. Por ello Artur Graf ha dicho que la historia del Medievo está cubierta por la sombra y la amenaza del diablo.<sup>33</sup> La concepción que sobre el diablo predomina en época carolingia aún no está totalmente elaborada y aunque sus orígenes son remotos, conoce aportaciones importantes que podemos sintetizar en los siguientes hitos<sup>34</sup>:

- La tradición bíblica. El diablo se encuentra citado desde el Génesis hasta el Apocalipsis. Es el causante de que la humanidad caiga en el Pecado Original. En el Nuevo Testamento, como ya hemos visto, también aparece tentando a Jesús.
- La situación social. El demonio es el causante del mal, de la violencia, de la inseguridad imperante. Concepción que, como vimos antes, se puede remontar a la Patrística y que también está recogida en el pensamiento de Alcuino<sup>35</sup>.

Las tensiones de la sociedad carolingia influirán, por lo tanto, en un interés por la figura del diablo, por un ser que quiere matar, mientras que Dios lo que pretende es que vivamos. Muerte y vida no solamente tienen un claro significado físico sino también espiritual. El diablo desea que caigamos en el Infierno, que seamos condenados eternamente. Por el contrario, Cristo, con su redención, espera que el ser humano consiga la salvación eterna.

Esta figura del diablo que aparece en la literatura carolingia y pese a lo que tradicionalmente ha venido sosteniendo Jeffrey Burton Russel<sup>36</sup>, es una figura cercana y presente en la conciencia popular, tal vez no tan colorista como lo será a partir del siglo XIII, fruto del dualismo cátaro y de la recuperación monástica de las leyendas de los padres del desierto. Los hombres carolingios, que vivían mal y

<sup>33</sup> *El diablo*, trad. esp., 1991, p. 114.

<sup>34</sup> Cfr., en cuanto a las influencias en la concepción del demonio la obra de Juan Antonio Ruiz Domínguez, *El mundo espiritual de Gonzalo de Berceo*, Gobierno de La Rioja-Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 1999, pp. 115-142.

<sup>35</sup> A. Vauchez, *La Espiritualidad del Occidente Medieval*, Madrid, Cátedra, 1985, pp. 20 y ss.; 51 y ss.

<sup>36</sup> *Lucifer. El diablo en la Edad Media*, trad. esp., Barcelona, Laertes, 1995, pp. 179 y ss.



rezaban poco, ‘gracias’ a la nueva religión estaban abrumados por un sentimiento de culpabilidad del que no confiaban librarse más que en el momento de la muerte. El demonio les acechaba continuamente y era el responsable de su conducta. La vida espiritual de estas masas sobrepasaba los confines restrictivos de la institución eclesiástica e incluso del dogma cristiano. Sirva como ejemplo el *Indiculus superstitionum* redactado poco después de la conquista de Sajonia por Carlomagno y en el que se recogen un sinnúmero de creencias locales. Pero incluso en las zonas donde el Cristianismo ya estaba asentado era solamente un barniz. Recordemos las denuncias de Hincmaro de Reims acerca de las prácticas de las “guildas” y de las “confraternidades” o las diversas noticias que Bucardo de Worms nos transmite en su *Corrector siue medicus*, que no nos hablan de otra cosa que de “supersticiones”. Otros penitenciales nos confirman la creencia de los carolingios en amuletos, sortilegios, brujas, encantamientos y espíritus malos<sup>37</sup>. Este cuadro que nos pintan los intelectuales carolingios y los hombres de iglesia nos obliga a presumir que la mayoría de los ‘convertidos’ percibían a la divinidad cristiana como una fuerza misteriosa, que se identificaba con la idea de ‘bien’ y de ‘justicia’; frente a esta fuerza misteriosa y mucho más cercana a su *modus vivendi* diario estaba otra fuerza ‘oscura’ de la que siempre fueron conscientes y que daba carta de naturaleza a la anterior. Si existe el bien es porque existe el mal.

Fuera de una elite muy restringida de obispos, abades y cortesanos que se esforzaban de permanecer fieles a la tradición patristica, el mundo espiritual del resto del clero y de los fieles no presentaba muchas diferencias, y por ello la Iglesia se esforzó por cristianizar la atmósfera de sacralidad difusa que rodeaba los principales actos de la piedad popular<sup>38</sup>. Al lado de la liturgia eucarística aparecieron toda clase de paraliturgias, entre las cuales las más importantes eran las bendiciones y los exorcismos<sup>39</sup>. Precisamente el exorcismo era el método más eficaz para expulsar el demonio y a todas esas fuerzas malignas. La enfermedad y sobre todo cualquier signo de locura o desequilibrio psíquico eran combatidos por el exorcismo, destinado a expulsar al demonio, el único autor de todo mal físico y moral. Por medio de estos ritos, cada vez más ricos, la Iglesia trataba de impregnar de religión la existencia diaria de los hombres carolingios.

En estas condiciones, no es extraño que la época carolingia constituya una época muy opaca desde el punto de vista de la historia espiritual de occidente. Se camina hacia la humanización de lo divino. Del misterio se pasa a la representación pictórica y al correr del tiempo llegaremos a la representación teatral.

<sup>37</sup> Cfr. N. Cohn, *op. cit.*, pp. 193-201.

<sup>38</sup> Cfr. J. C. Bologne, *op. cit.*, pp. 75-90 y esp. pp. 87-90, en las que se nos habla de los métodos de “sacralización” y “evangelización” carolingios.

<sup>39</sup> Cfr. R. Laurentin, *op. cit.*, pp. 117-130.

Por lo tanto el hombre en esta época se debate entre dos opciones: la idea que comúnmente se tenía de Dios, de un juez soberano y de una potencia transcendente, y la del diablo, de un ser amenazante, hábil y pernicioso. Esta figura del demonio se afirma y cobra vuelo en el siglo XI entre los monjes ascetas que mortifican su carne y ven al tentador como terrible animal salvaje o una seductora mujer. Esta dualidad cristiana Dios/Satán va a ser la que domine la vida moral penetrando inclusive en la social y política: todo lo malo –y en el período carolingio hubo mucho– proviene del demonio<sup>40</sup>; un demonio que encuentra su mejor presa en la mujer. El demonio tienta la hombre, pero las más de las veces lo hace a través de la mujer. La mujer, a veces desnuda, seductora, grotesca, repugnante, alegoriza en la literatura medieval lo turbulento y lo maligno, hace aflorar deseo y pasión; en definitiva, está en lugar del diablo. Otras veces, la endemoniada sirve de vehículo de comunicación al diablo.

El Satán cristiano, síntesis principalmente del pensamiento de San Agustín, en esta época no conlleva nada más que cualidades negativas, como la maldad, la destrucción, el ser verdugo de las almas, urdidor de tensiones, ser enemigo connatural del hombre, temido; y otras neutras como el exceso, la sexualidad, el capricho y la burla. Sin embargo la faceta moralizante o justiciera del mismo, rasgo periférico o marginal, constituye en la narración que vamos a analizar un rasgo determinante, o como Carmelo Lisón denomina, un “sema nuclear”<sup>41</sup>. La ecuación demonio-maldad-enemigo-pecado florecía ya en la Mesopotamia del tercer milenio antes de Cristo según nos revela N. Forsyth en *The Old Enemy: Satan and the combat myth*<sup>42</sup>. Ideas sobre la demonología que fueron completadas en el siglo VI por Gregorio Magno, en el siglo VII por Isidoro de Sevilla, en el siglo VIII por Beda y Alcuino y en el XI por Gottescaldo y Erígena. Gregorio Magno (Papa del 590 al 605) fue el escritor más importante de este período y el artífice de la transmisión de las ideas orientales a Occidente. Sus cartas, homilías, sus cuatro libros de *Diálogos*, su *Comentario a Job*, los *Moralia*, se emplearon mucho durante toda la Edad Media y serán la fuente de la que beban todos los hagiógrafos medievales. Principalmente los *Diálogos* y los *Moralia* muestran la influencia de Casiano y de toda la tradición monástica oriental. Isidoro, nacido en la España visigótica hacia el 560, a pesar de que sus escritos son de carácter enciclopédico, tiene mayor profundidad teológica que Gregorio aunque según recientes estudios depende de él en gran medida<sup>43</sup>. Beda, una de las mentes más lúcidas de la época, por lo que res-

<sup>40</sup> C. Lisón Tolosana, *Demonios y exorcismos en los Siglos de Oro: La España mental I*, Madrid, Akal, 1990, pp. 89-90.

<sup>41</sup> Cfr. C. Lisón Tolosana, *Endemoniados en Galicia hoy: La España mental II*, Madrid, Akal, 1990, p. 125.

<sup>42</sup> Princeton, Princeton University Press, 1987.

<sup>43</sup> J. B. Russell, *Lucifer...*, p. 102.

pecta a su opinión sobre el diablo y toda la demonología, sigue la tradición de Agustín y de Gregorio Magno aunque con un espíritu mucho más crítico que este último. Alcuino, otro intelectual y escritor nacido en Nortumbria como el anterior, y guía espiritual del Renacimiento Carolingio, sigue también en sus escritos la tradición de Agustín, Gregorio y Beda que a su vez se basaba en la de los Padres del desierto y veía al diablo como un querubín, el más alto de todos los ángeles que podía haber permanecido en la cúspide de la creación de no haber sido por su pecado que lo confinó a ser la 'viva' representación del mal. Una concepción que se oponía a la antes vista de Dionisio solamente en la idea de que antes de la caída del cielo el diablo era el señor de todos los ángeles:

Antes de la creación del mundo fueron creados los ángeles; y antes de que se crearan los ángeles, se hizo el diablo... de modo que el diablo tuvo la primacía entre los ángeles<sup>44</sup>.

Este concepto cristiano y popular de demonio fue además influido por elementos folklóricos, procedentes tanto de las antiguas culturas mediterráneas como de las religiones celtas, teutónicas y eslavas, religiones que están muy presentes como hemos visto en el territorio carolingio y principalmente en la región donde se localizan las colecciones de *miracula* que vamos a analizar. Es evidente que hubo ideas paganas que penetraron en el Cristianismo y que el Cristianismo se apresuró a utilizar en beneficio del pueblo aunque el contenido de las mismas era predominantemente pagano. Estas ideas y prácticas paganas, propias de la gente de escasa o nula educación, como la que había en el área germánica, se muestran de manera clara en la literatura hagiográfica y homilética (Gregorio Magno, Aelfrido, Cesáreo de Heisterbach). El cristianismo popular tendió a presentar un diablo vivo y espantoso con el fin explícito de aterrorizar a sus audiencias e inducirlos a un buen comportamiento<sup>45</sup>.

Normalmente en el cuerpo del endiablado podemos ver expresados aspectos objetivos de la estructura social y política carolingia; en el cuerpo en dolor satánico vemos dramatizadas las relaciones morales, personales, familiares y comunitarias del individuo y, en último extremo, de toda la sociedad carolingia.

Nosotros nos hemos detenido en la literatura hagiográfica carolingia por varios motivos; motivos que no solamente nacen de nuestro relativo conocimiento de este período y de su literatura hagiográfica, principalmente en lo que se refiere a *vitae sanctorum*, *translationes* y *miracula*. Lo hemos elegido porque es precisamente en esta época cuando se filtra y se intenta reorganizar toda la tradición cristiana y pagana heredada mediante el estudio de los Padres de la Iglesia y

<sup>44</sup> Isid., *sent.* 1, 10: Ante omnem creationem mundi creati sunt angeli; et ante omnem creationem angelorum diabolus conditus est... Primatum habuisse inter angelos diabolus.

<sup>45</sup> Cfr. J. B. Russell, *Lucifer...*, pp. 67-100.

cuando surgen escritores preocupados por encauzar la religiosidad popular y focalizarla en un tipo de cultos y de creencias, como es el culto de los santos mártires de la época de las persecuciones, cuyos restos se estaban saqueando por doquier en todos los cementerios suburbanos de Roma, motivo por el que fue preciso emitir diversos decretos pontificios que limitaban estos expolios<sup>46</sup>. Con estos restos martiriales se intentó ‘cristianizar’ toda la Europa carolingia y asegurar la primacía espiritual de ciertos centros monásticos de nueva creación, cuyo tesoro-relicario iba a proporcionar a sus abades y fundadores importantes donaciones. Para ello se hacía necesario acercar esas reliquias y su poder salutífero al pueblo, imbuido en un sinfín de prácticas religiosas calificadas de ‘paganas’ pero que fueron el punto de inflexión para que esta religiosidad popular se tiñera de cristianismo. El pueblo necesitaba que el poder divino del nuevo Dios se hiciera patente a los hombres, se pudiera tocar, venerar, etc., y qué mejor recurso que el cuerpo de los mártires cuyo derramamiento de sangre les había hecho merecedores de la *virtus* divina y les había convertido en emisarios y distribuidores de la gracia y poder divino. Pero había un problema que fue preciso salvar, la difusión entre el pueblo e incluso entre la aristocracia de este poder; para ellos, se crea un tipo de literatura como es la hagiográfica que no cumple otro finalidad que la de difundir entre el pueblo un culto y un modelo de conducta a seguir en el caso de las vidas de santos<sup>47</sup>. Esta literatura hagiográfica fue el gozne entre la teología de las élites culturales y las creencias del pueblo, un pueblo inculto pero proclive a las prácticas religiosas cercanas y a aquel misticismo mágico que caracterizó las religiones ‘indígenas’, en el sentido originario del término, carolingias. Posteriormente esta literatura hagiográfica será aprovechada por la literatura homilética que entresacará de ella aquellos episodios más didácticos o más ejemplares de la idea que se intenta transmitir<sup>48</sup>. Así las ideas teológicas se entremezclarán con temas legendarios y con historias dramáticas que no tienen otra finalidad que la de impresionar a la audiencia, una audiencia fácilmente conmovible con las historias del demonio, un ser que desde siempre cautivó la atención del pueblo, por ser la viva representación del mal, un mal que estuvo siempre presente en sus vidas y, más en concreto, en la época que vamos a analizar que coincide con el reinado de Luis el Piadoso y la rebelión de sus hijos, y con unos años de malas cosechas y pestes que diezmaron

<sup>46</sup> Cfr. P. Geary, P., *Furta sacra: Thefts of relics in the Central Middle Ages*, New Jersey, Princeton, 1990 y N. Herrmann Mascard, *Les reliques des Saints. Formation coutumière d'un droit*, París, Klincksiek, 1973.

<sup>47</sup> Cfr. C. Pérez González, “El culto a las reliquias en la Edad Media: Historia de una tradición pagana con continuidad en la religión cristiana”, en A. Ruiz Sola, C. Pérez González, *Cristianismo y Paganismo: ruptura y continuidad*, Burgos, Universidad de Burgos, 2003, pp. 173-201.

<sup>48</sup> Cfr. R. Aigrain, *L'Hagiographie: ses sources, ses méthodes, son histoire*, París, Bloud et Gay, 1953 (reimpr. 2000).

la moral, la credibilidad y la fe de un pueblo que había visto en Carlomagno la salvación de sus vidas y la esperanza de un futuro cuando menos más esperanzador<sup>49</sup>.

La obra de la que vamos a entresacar y estudiar los diversos episodios en los que el demonio entra en escena pertenecen a la primera mitad del siglo IX (c. 830) y fue escrita por Eginardo, el famoso biógrafo del emperador Carlomagno y uno de los intelectuales herederos de las enseñanzas de Alcuino y de la tradición monástica y exegética de Fulda. Autor de una *Translatio sanctorum Marcellini et Petri*<sup>50</sup> en la que relata el traslado- robo de las reliquias de los mártires de la época de Diocleciano, Marcelino y Pedro, presbítero y exorcista de la Iglesia romana, inserta en el cuerpo de la narración alrededor de 80 milagros que no tienen otra finalidad que la de difundir y ejemplificar el poder salvador de los reliquias martiriales y hacer sombra a la famosa abadía de San Medardo de Soissons liderada por el abad Hildoino, Camarlengo de Palacio y uno de los personajes más poderosos de la época. Los milagros por lo general son breves, rasgo característico de los *miracula* en el siglo IX<sup>51</sup>, y hacen referencia a curaciones de todo tipo, siendo las más representativas las cegueras y las contracturas y/o parálisis musculares.<sup>52</sup> Pero curiosamente encontramos tres *miracula*, dos en el cuerpo de la narración propiamente eginardiana y otro en el cuerpo de un *libellus miraculorum* que se inserta en la obra y que proviene de la Abadía de San Salvio, una abadía dependiente de la de Seligenstadt, cabeza de las fundaciones eginardianas, en los que aparece el diablo, un diablo informe, no definido, etéreo, que abrumba y castiga a tres mujeres, haciéndolas perder la *salus almae et corporis*. Aparentemente estos tres episodios no representan ninguna novedad dentro del panorama temático o de los recursos literarios propios de la hagiografía carolingia.

Escuchemos el primero de ellos:

III, 14. Casi por el mismo tiempo, cuando Ratleico nos abandonó y regresó a la basílica de los mártires, nos trajeron de allí otro librito que contenía las palabras y las reflexiones de un demonio que se llamaba Wigón<sup>53</sup>; esta reflexión la realizó el demo-

<sup>49</sup> Cfr. L. Halphen, *Carlomagno...*, pp. 218-221 y 225-239.

<sup>50</sup> El texto seguido es el de la edición crítica de la obra que fue objeto de nuestra tesis doctoral y que actualmente se encuentra en prensa (Brepols. *Corpus Christianorum, Continuatio Medievalis* y Fondazione Lorenzo Valla-Mondadori).

<sup>51</sup> M. Rouche, "Miracles, maladies et psychologie de la foi à l'époque carolingienne en France", en E. Patlagean and P. Riché (eds.), *Hagiographie, cultures et sociétés. IV<sup>e</sup>-XII<sup>e</sup> siècles* (París, 1981), pp. 319-337.

<sup>52</sup> Cfr. Apunte sobre la tipología de los *miracula* eginardianos: Algunas consideraciones históricas, sociológicas y literarias", capítulo de nuestra tesis doctoral: *La 'translatio et miracula sanctorum Marcellini et Petri' de Eginardo: estudio, edición crítica y traducción*, Vitoria, 2004. (inédita) y M. Rouche, *art. cit.*

<sup>53</sup> El nombre *Wiggo* esta relacionado con la raíz *wig-* o *wic-* que en antiguo-alto-alemán significa "guerra", "lucha", "discordia"; por lo tanto, sería sinónimo de *conturbatio*. Cfr. Schützeichel, R., *Althochdeutsches Wörterbuch*, Tübingen, 1989<sup>4</sup>.

nio, en presencia de muchos testigos, delante del altar junto al que reposan las sagradas reliquias de los mártires, en respuesta a las preguntas del presbítero que había leído el exorcismo sobre el energúmeno. Se cuenta que había sucedido de la siguiente manera:

Existe en la región de Niddagau una hacienda, llamada Höchst, que pertenece al monasterio de San Nazario, del que sus padres trajeron a la basílica de los mártires a una joven de unos dieciséis años que estaba poseída por este mismo espíritu errante. Cuando llegó ante la tumba que contiene los sagrados cuerpos y el presbítero, siguiendo la costumbre, leyó sobre su cabeza el exorcismo y comenzó a preguntar al demonio de qué modo y cuándo se había metido en ella, éste respondió al presbítero no en alemán, que era la única lengua que la joven conocía, sino en latín. Cuando el presbítero, admirado, le preguntó de dónde le venía el conocimiento de la lengua latina, si sus padres que estaban allí presentes la desconocían totalmente, el demonio dijo: "Tú nunca has visto a mis padres." Entonces el presbítero le replicó: "¿Pues de dónde eres, si éstos no son tus padres? El demonio a través de la joven respondió: "Yo soy servidor y discípulo de Satanás y, ya hace tiempo, fui portero de los Infiernos, pero desde hace algunos años me dedico, con once de mis compañeros<sup>54</sup>, a devastar el Reino franco; nosotros hemos destruido y arrasado el cereal, el vino y todos los otros frutos que nacen de la tierra para el consumo del hombre, conforme se nos había mandado; hemos aniquilado los rebaños con enfermedades, hemos enviado a los propios hombres pestes y epidemias; además todas las adversidades y todos los males que ya, desde hace tiempo, sufren por sus pecados les han sobrevenido por mediación e imposición nuestra." En este punto, cuando el presbítero le preguntó por qué motivo se les había concedido esta potestad, el demonio respondió: "A causa de la malicia de este pueblo y de las muchas iniquidades de estos que lo gobiernan, que aman las riquezas y no la justicia; que temen más al hombre que a Dios; que oprimen a los pobres, no quieren oír a las viudas y a los huérfanos que se dirigen con gritos a ellos y no hacen justicia nada más que al que paga por ello. Además de éstos existen otros muchos y casi innumerables pecados que diariamente cometen tanto el pueblo como sus gobernantes, como son el perjurio, la embriaguez, los adulterios, los homicidios, los hurtos, el pillaje: crímenes que nadie impide y que cuando se cometen no hay quien los castigue. Todos los poderosos son esclavos de las torpes riquezas y abusan de la posición superior que recibieron para gobernar a sus súbditos para satisfacer su soberbia y vanagloria. El odio y la envidia se fomenta no tanto entre los extraños como entre los cercanos y parientes. El amigo no confía en su amigo, el hermano odia a su hermano, el padre no ama a su hijo. Son pocos los que pagan el diezmo fielmente y con devoción, y más escasos todavía los que dan limosna. Y esto ocurre porque dan como perdido lo que se les manda entregar a Dios o a los pobres. No temen, en contra del precepto de Dios, realizar falsas medidas y pesos injustos. Unos con otros están de acuerdo con el fraude; no se avergüenzan de cometer falso

<sup>54</sup> La alusión a los doce *discipuli Satanae*, por contraposición con los doce *discipuli Christi*, añade a la narración un tono apocalíptico.

testimonio. No guardan los domingos ni días de fiesta, sino que estos días al igual que los restantes trabajan según les dicta su capricho. Por causa de estos y otros muchos preceptos y prohibiciones que Dios ha dado a los hombres, puesto que este pueblo, debido a su obstinación, se muestra rebelde con los mandatos del Señor, se nos ha permitido e incluso ordenado sembrar entre los humanos estos males que acabo de enumerar para que expíen las culpas de su deslealtad. Son perjuros y mentirosos desde el momento en que no se ocupan de cumplir lo que prometieron en el bautismo.” El demonio manifestó todo esto, en latín, a través de la boca de una joven que hablaba en alemán. Y cuando el presbítero comenzó a conminarle con urgencia para que saliera del cuerpo de la muchacha, dijo: “Saldré no porque tu me lo ordenes, sino por el poder de los santos que no me permiten permanecer en ella por más tiempo.” Dicho esto, el demonio arrojó a la joven contra el suelo y allí hizo que permaneciera, unos instantes, tendida boca abajo, como si durmiera. Un poco después, tras salir el demonio del cuerpo de la joven, ésta, como si despertase de un sueño, por la virtud de Cristo y los méritos de los bienaventurados mártires, ante la mirada atenta y sorpresiva de todos los presentes, se levantó sana y salva. Después de la expulsión del demonio, la joven no pudo hablar en latín de manera que claramente se pudo comprender que aquélla no había hablado por ella sino que el demonio lo había hecho a través de su boca. ¡Ay dolor! ¡A cuántas miserias nos han precipitado nuestros tiempos en los que los maestros no son hombres de bien sino malvados demonios y en los que los instigadores de los vicios y consejeros de los crímenes nos recuerdan que debemos cambiar nuestra conducta!<sup>55</sup>.

<sup>55</sup> Tr. III, 14: Sub idem fere tempus, cum Ratleicus a nobis ad basilicam martyrum regressus est, adlatus est nobis inde alter libellus continens uerba et ratiocinationem cuiusdam daemonis qui se Wiggonem nominauit; quae facta est ab eo coram multis testibus ante altare iuxta quod sacri martyrum cineres repositi sunt ad interrogationem presbiteri qui exorcismum super energuminum legerat; quod hoc modo contigisse narratur.

Praedium est in pago Nitahgaouue, uocabulo Hecgstat, pertinens ad monasterium Sancti Nazarii de quo puella quaedam annorum circiter XVI ab eodem erratico spiritu possessa ad basilicam martyrum a parentibus suis adducta est. Quae cum ante tumbam sacra corpora continentem uenisset et presbiter super caput eius exorcismum secundum consuetudinem perlegisset ac deinde daemone qualiter et quando in eam fuisset ingressus percontari coepisset, non barbara lingua quam solam puella nouerat sed Romana locutione presbitero respondit. Cumque presbiter miraretur atque interpretaret unde illi Latinae linguae notitia, cum parentes eius qui ibi praesentes adstabant huiusmodi sermonem penitus ignorarent: ‘parentes’, inquit, ‘meos nunquam uidisti’. Tum presbiter: ‘tu es’, inquit, ‘unde es, si isti non sunt parentes tui?’ Et daemon per puellam: ‘ego’, ait, ‘sum satelles unius discipulus Satanae et multo iam tempore apud inferos inanitor fui, sed modo per annos aliquos cum sociis meis undecim regnum Francorum uastauit; frumentum et uinum et omnes alias fructus quae ad usum hominum de terra nascuntur, iuxta quod iussi eramus, enecando deleuimus, pecora multum interfecimus, luem ac pestilentiam in ipsos homines inmisimus; omnes quoque aduersitates et omnia mala quae iam diu pro meritis suis patiuntur nobis facientibus atque ingredientibus eis acciderunt. Cum presbiter ab eo quaereret quam de causa eis fuisset huiusmodi concessa potentia, respondit: ‘malitiam’, inquit, ‘populi huius et multimodas iniquitates eorum qui super eam uoluntatem habent munera et non iustitiam diligunt; qui plus hominem quam Deum metuunt: qui pauperes, orphanos, uiduas et pupillos ad se uociferantes exaudire nolunt, nulli iustitiam nisi mensuris habent. Haec sunt et alia multa ac pene innumerabilia quae tam ab ipso populo quam a ministris eius committuntur’.

Evidentemente éste no es un milagro habitual dentro de la hagiografía carolingia, es más nos atreveríamos a decir que constituye un hito dentro de la tradición demonológica carolingia, pues aparece un diablo moralizador, rasgo que, como más arriba hemos visto, era marginal en los atributos del diablo. Eginardo conoce muy bien la tradición patrística y la definición de demonio que había heredado de Agustín, Isidoro, Beda y Alcuino, pero principalmente del primero, pues no debemos olvidar que detrás de la *Traslatio* se encuentra el *De civitate Dei* de Agustín, obra en la que se narra la caída del Imperio romano y la edificación de un nuevo imperio bajo el auspicio de Cristo. Por lo tanto, el dibujo del demonio responde perfectamente a esta definición: se ha introducido en una joven de 16 años, víctima preferida del diablo por su juventud y la capacidad de seducción de la misma, y sierva de un monasterio. El demonio que nos presenta es un ser culto, que habla latín, una lengua elevada, la lengua de la clase dirigente, la lengua de la Iglesia, y por lo tanto deja patente la existencia de un ser superior y perverso en la joven. Un demonio que sólo se comunica con el exorcista, que trata de arrancar de su boca su naturaleza y su nombre, práctica que formaba parte del ritual del exorcismo en la Iglesia<sup>56</sup>.

Es precisamente en este momento, cuando el demonio confiesa su condición, cuando el juego dramático cobra plena fuerza y cuando la leyenda, el folklore, y la realidad política entran en escena. El demonio se confiesa *satelles atque discipulus Satanae* y *multo iam tempore apud inferos ianitor*; aparece por lo tanto un secuaz de

---

committuntur ut sunt periuria, ebrietates, adulteria, homicidia, furta, rapinae; quae nemo fieri prohibet et cum facta fuerint, non est qui uindictet. Potentiores quique turpibus lucris inseruiunt et loco superiore quem propter regendos inferiores acceperunt ad superbiam et inanem gloriam abutuntur. Odium et inuidia non tam inter extraneos quam inter propinquos et adfinitate coniunctos exercentur. Amicus amico non credit, frater fratrem odit, pater filium non diligit. Rari sunt qui fideliter ac deuote decimas dent, rariores qui eleemosinas faciant. Et hoc ideo, quia quicquid Deo uel pauperibus dare iubentur id sibi perire arbitrantur. Iniquas mensuras et iniusta pondera contra Dei praeceptum habere non uerentur. Fraude se alterutrum circumueniunt; falsa testimonia dicere non erubescunt. Dies dominicos ac feriatos non custodiunt sed in his acsi in caeteris, prout uoluntas eorum tulerit, operantur. Propter haec et alia multa quae Deus aut praecepit hominibus ut facerent aut prohibuit ne facerent, quia populus hic per contumaciam mandatis eius inoboediens effectus est, permissi, immo iussi sumus ea facere in rebus humanis quae superius enumerauit ut perfidiae suae poenas luant. Sunt enim perfidi atque mendaces cum hoc seruare non curant quod in baptismo promiserunt'. Haec omnia daemon per os barbarae puellae Latine locutus est. Et cum eum presbiter imperando urgere coepisset ut exiret: 'exibo', inquit, 'non propter tuum imperium sed propter sanctorum potestatem qui me in illa diutius manere non permittunt'. His dictis, puellam in pauimentum proiecit atque ibi aliquantum uelut dormientem prono corpore iacere fecit. Post paululum uero, illo recedente, quasi de somno euigilans per uirtutem Christi et merita beatorum martyrum puella, cunctis qui aderant cernentibus atque mirantibus, sana surrexit. Nec post exactum a se daemonem Latine loqui potuit ut palam posset intellegi non illam per se sed daemonem per os eius fuisse locutum. Heu pro dolor! ad quantas miseras tempora nostra sunt deuoluta in quibus non boni homines sed mali daemones doctores sunt et incentores uitiorum ac persuasores criminum de nostra nos correctione commonent.

<sup>56</sup> Cfr. J. B. Russell, *Lucifer...*, pp. 137-142 y sobre todo R. Laurentin, *op. cit.*, pp. 241-259.



Satanás que es portero de los infiernos y que *per annos aliquot cum sociis suis undecim regnum Francorum uastauit*. Al receptor de este mensaje, ya fuera hombre culto ya un hombre del pueblo, le vendría a la memoria, el recuerdo del Infierno subterráneo y las diversas representaciones artísticas y escultóricas en las que el Infierno aparece como contraposición del cielo y en el que al igual que San Pedro espera a las almas a la puerta del Paraíso con las llaves, Wiggón [*i. e. Conturbatio*] esperaba a las almas de los condenados a las puertas del infierno, dato descriptivo que aparece ya en los Padres del desierto y en la tradición literaria de la que bebe Eginardo. La referencia a los doce diablos en contraposición con los doce *discipuli Christi* es un dato que añade a la narración un tono apocalíptico y escatológico, tan del gusto de la iglesia medieval y tan efectivo en las mentes de los hombres del Medioevo. A continuación se confiesa el autor material e inductor de todos los males que azotan al Imperio franco allá por diciembre del año 828.

Llegado este momento es cuando la narración adquiere un tono inaudito en los *miracula* carolingios, y cuando el demonio, a través de la mujer, ‘se vuelve Dios’, un dios moralizador y que *castigat riendo mores*. Esto es lo que hace cambiar el sentido de la narración y el destinatario de la misma. Releamos lo que el demonio dice:

“A causa de la malicia de este pueblo y de las muchas iniquidades de estos que lo gobiernan, que aman las riquezas y no la justicia; que temen más al hombre que a Dios; que oprimen a los pobres, no quieren oír a las viudas y a los huérfanos que se dirigen con gritos a ellos y no hacen justicia nada más que al que paga por ello. Además de éstos existen otros muchos y casi innumerables pecados que diariamente cometen tanto el pueblo como sus gobernantes, como son el perjurio, la embriaguez, los adulterios, los homicidios, los hurtos, el pillaje: crímenes que nadie impide y que cuando se cometen no hay quien los castigue. Todos los poderosos son esclavos de las torpes riquezas y abusan de la posición superior que recibieron para gobernar a sus súbditos para satisfacer su soberbia y vanagloria. El odio y la envidia se fomenta no tanto entre los extraños como entre los cercanos y parientes. El amigo no confía en su amigo, el hermano odia a su hermano, el padre no ama a su hijo<sup>57</sup>. Son pocos los que pagan el diezmo fielmente y con devoción, y más escasos todavía los que dan limosna. Y esto ocurre porque dan como perdido lo que se les manda entregar a Dios o a los pobres. No temen, en contra del precepto de Dios, realizar falsas medidas y pesos injustos. Unos con otros están de acuerdo con el fraude; no se avergüenzan de cometer falso testimonio. No guardan los domingos ni días de fiesta, sino que estos días al igual que los restantes trabajan según les dicta su capricho. Por causa de estos y otros muchos preceptos y prohibiciones que Dios ha dado a los hombres, puesto que este pueblo, debido a su obstinación, se muestra rebelde con los mandatos del Señor,

<sup>57</sup> Clara alusión a las desavenencias en el seno de la Familia Imperial: al odio entre Lotario y su hermano, Carlos el Calvo (hijo de Judith), y a la enemistad entre Lotario y su padre, Ludovico Pío.

se nos ha permitido e incluso ordenado sembrar entre los humanos estos males que acabo de enumerar para que expíen las culpas de su deslealtad. Son perjuros y mentirosos desde el momento en que no se ocupan de cumplir lo que prometieron en el bautismo”<sup>58</sup>.

Nos está describiendo la situación de discordia que vive la corte carolingia y la situación de crispación política, social y religiosa que atraviesa el imperio, y mediante esta intervención diabólica, Eginardo intenta conseguir lo que no consiguió al componer la *Vita Karoli Magni*, enmendar la plana a la corte carolingia y intentar acabar con la situación que provocó el nacimiento de Carlos, el hijo de Ludovico Pío y de la princesa bárbara Judith, una mujer de extraordinaria belleza que se supo ganar la voluntad del emperador y a la que Freculdo, el Obispo de Lisieux, describe así:

si autem de venustate corporis, ut absque adulationis fuco proferam quod verum est, pulchritudine superas omnes, quas visus vel auditus nostrae parvitatís comperit reginas (P.L. CVI, col. 1115).

Precisamente el convertirse en una mujer muy influyente dentro de la corte fue la razón por la que estuvo en el punto de mira de los partidarios de Lotario, quienes vieron en ella al “genio malo del reino”, es decir, a la personificación del demonio que una vez más se había ocultado en una mujer bella.

A nadie se le ocultará que este episodio no tiene nada de común ni de frecuente, ni tampoco lo era para el propio Eginardo, un gran conocedor de las *Escrituras*, por lo que afirma: *Haec omnia daemon per os barbarae puellae Latine locutus*

<sup>58</sup> ‘Propter malitiam’, inquit, ‘populi huius et multimodas iniquitates eorum qui super eum constituti sunt qui munera et non iustitiam diligunt; qui plus hominem quam Deum metuunt; qui pauperes opprimunt, uiduas et pupillos ad se uociferantes exaudire nolunt, nulli iustitiam nisi mercanti faciunt. Praeter haec sunt et alia multa ac pene innumerabilia quae tam ab ipso populo quam a rectoribus eius cotidie committuntur ut sunt periuria, ebrietates, adulteria, homicidia, furta, rapinae; quae nemo fieri prohibet et cum facta fuerint, non est qui uindictet. Potentiores quique turpibus lucris inseruiunt et loco superiore quem propter regendos inferiores acceperunt ad superbiam et inanem gloriam abutuntur. Odium et inuidia non tam inter extraneos quam inter propinquos et adfinitate coniunctos exercentur. Amicus amico non credit, frater fratrem odit, pater filium non diligit. Rari sunt qui fideliter ac deuote decimas dent, rariores qui eleemosinas faciant. Et hoc ideo, quia quicquid Deo uel pauperibus dare iubentur id sibi perire arbitrantur. Iniquas mensuras et iniusta pondera contra Dei praeceptum habere non uerentur. Fraude se alterutrum circumueniunt; falsa testimonia dicere non erubescunt. Dies dominicos ac feriatos non custodiunt sed in his acsi in caeteris, prout uoluntas eorum tulerit, operantur. Propter haec et alia multa quae Deus aut praecepit hominibus ut facerent aut prohibuit ne facerent, quia populus hic per contumaciam mandatis eius inoboediens effectus est, permisi, immo iussi sumus ea facere in rebus humanis quae superius enumeravi ut perfidiae suae poenas luant. Sunt enim perfidi atque mendaces cum hoc seruare non curant quod in baptismo promiserunt’.

est, insistiendo una vez más en la procedencia demoniaca de estos reproches. Unas acusaciones nacidas del corazón de Eginardo, que le llevan a exclamar:

¡Ay dolor! ¡A cuántas miserias nos han precipitado nuestros tiempos en los que los maestros no son hombres de bien sino malvados demonios y en los que los instigadores de los vicios y consejeros de los crímenes nos recuerdan que debemos cambiar nuestra conducta!<sup>59</sup>.

El segundo milagro que vamos a comentar contrasta fuertemente con el anterior por su simplicidad, lo que era un rasgo común en las colecciones de milagros medievales del siglo IX, pero nos sirve muy bien para ilustrar los registros monacales y la creencia en el poder salvador de la Misa y en los méritos de los mártires. Dice así:

IV, 9. De este modo las sagradas reliquias de los mártires, con ocasión de este milagro, fueron acogidas por los habitantes de aquellas regiones y llevadas, bajo la mirada de Dios, a la basílica de San Salvio, a donde el mencionado Jorge las había enviado. Es cosa sabida que yo he conocido este milagro por boca del propio Jorge. Del resto de milagros que voy a narrar ahora, he recibido un librito de parte de Jorge cuyo orden y secuencia de hechos es el siguiente:

“El año decimocuarto del imperio de Ludovico Augusto por la gracia de Cristo, habiéndose dignado el Señor mostrar signos y milagros en el palacio mismo del Emperador por los méritos de sus Santos, como sucedía en los primeros tiempos de la Iglesia, para reafirmar en la fe al pueblo cristiano, Jorge, presbítero en el palacio de Aquisgrán, pidió y obtuvo por parte del abad Eginardo las reliquias de los bienaventurados mártires de Cristo Marcelino y Pedro cuyos restos, traídos de Roma por sus propios hombres, Eginardo había recibido hacía poco y se ocupó de enviarlas en un cofre que había adornado convenientemente con oro y piedras preciosas, a través de su diácono Teotardo, a la basílica de San Salvio mártir que Jorge entonces poseía gracias a la generosidad del Rey... El día 26 de julio, una joven de quien se había apoderado un espíritu inmundo fue llevada a la basílica y, mientras se celebraba el oficio de la Sagrada Oblación, por la virtud de Cristo y los méritos de los bienaventurados mártires, tras salir el demonio de su cuerpo, la joven mereció recobrar la completa salud de alma y cuerpo<sup>60</sup>.

<sup>59</sup> Heu pro dolor! ad quantas miserias tempora nostra sunt deuoluta in quibus non boni homines sed mali daemones doctores sunt et incentores uitiorum ac persuasores criminum de nostra nos correctione commonent.

<sup>60</sup> Tr. IV, 9. Hoc modo sacrae martyrum reliquiae ex huius occasione miraculi a populis illarum Regionum receptae et ad basilicam sancti Saluii quo eas memoratus Georgius miserat Domino ducente perlatae sunt. Hoc signum ipsius Georgii relatione constat mihi esse Compertum. De caeteris autem quae nunc dicenda sunt ab eo libellum accepi cuius ordo uel Series hunc modum habere cognoscitur.

Aquí de nuevo la víctima vuelve a ser otra joven, víctima preferida de Satanás, que tras salir el demonio de su cuerpo queda perfectamente curada. Tampoco se hace alusión a la forma o figura del demonio, pero tal carencia se podría explicar por las limitaciones de los registros monacales de milagros.

El tercer y último milagro que vamos a comentar nos vuelve a presentar a una mujer, presa de un demonio y sujeta a sus veleidades. Se nos narra así:

IV, 13. Gregorio, obispo de Roma, que sucedió en el pontificado a Eugenio y al mismo tiempo a Valentín, queriendo ampliar la iglesia de San Marcos Evangelista en la que había sido presbítero y construir en ella un monasterio, buscó por cementerios e iglesias alejadas de Roma a ver si en alguna parte podía encontrar reliquias de santos mártires y, una vez encontradas, se ocupó de llevarlas a la fastuosa iglesia que había construido. El destino hizo que en ese momento en el que se iba a abrir el sepulcro del bienaventurado Hermes y se iba a sacar de allí su sagrado cuerpo, uno de los nuestros que ese mismo año había ido a Roma para orar, como es costumbre entre los penitentes, se encontrase con otros peregrinos entre la multitud congregada en la basílica del mártir. Éste, después de haber observado con atención lo que allí se hacía, concibió no sin motivo, aunque en la simplicidad de su corazón, la esperanza de conseguir las reliquias del bienaventurado mártir y dirigiéndose al presbítero Deusdona, a quien hemos mencionado repetidas veces en el libro primero, le pidió con insistencia que intentase conseguir de los guardianes del lugar una porción de las reliquias, por pequeña que fuera, y que se la entregara para traérmela a mí... Al día siguiente, como una mujer del territorio vecino de Baldradestadt que estaba poseída por un demonio hubiera entrado en la iglesia con el resto del pueblo, el espíritu maligno comenzó a gemir, a golpear a la mujer que estaba postrada en el suelo y a hacer una confesión pública de su maldad delante de todos. Cuando el presbítero que la exorcizó le preguntó quién era, de dónde venía, cuándo y por qué motivo se había metido en esa mujer, él respondió a cada una de sus cuestiones y aseguró que no sólo era un demonio sino el peor de todos los seres vivientes. Y cuando le preguntó la causa de tanta maldad, reconoció que se la había otorgado la mala voluntad. De nuevo, cuando el presbítero le preguntó si alguna vez había estado en el cielo, él confesó que había estado y que había sido expulsado de allí debido a su soberbia. Cuando le preguntó si había visto a Nuestro Señor Jesucristo, respondió que lo había visto en el infierno en el tiempo en el que se dignó morir y descender allí para salvar al género

---

‘Anno quarto decimo Christo propitio imperii Hluduuici augusti, cum ad corroborandam christiani populi fidem, sicut in initio nascentis ecclesiae, signa et prodigia in ipso regis palatio per merita sanctorum suorum Dominus dignaretur ostendere, petiit et obtinuit Georgius presbyter Aquisgrani palatio ab Einhardo abbate reliquias beatorum Christi martyrum Marcellini et Petri quorum corpora ipse de Roma per homines suos allata nuper acceperat easque in capsula quam auro et gemmis decenter ornauerat reconditas per diaconum suum, nomine Theothardum, ad basilicam sancti Saluii martyris quam ipse tunc temporis per beneficium regis tenebat dirigere curauit... VII Kalendas Augusti puella quaedam quae ab immundo spiritu uexabatur in basilicam adducta, dum sacrae oblationis officium celebratur, per uirtutem Christi et merita beatorum martyrum, fugato daemone, integerrimam mentis et corporis meruit recipere sanitatem’.

humano. Cuando el presbítero le preguntó si conocía los nombres de los mártires cuyas reliquias habían sido llevadas la víspera a esta iglesia, dijo: “Conozco muy bien sus nombres porque asistí, en persona, a su martirio y me atormentaba una gran envidia a su gloria sempiterna; todavía, aquí y ahora, sufro su persistente oposición: ellos me torturan con tormentos increíbles y en contra de mi voluntad me obligan a salir de este cuerpo en el que yo estaba escondido desde hacía tiempo.” El presbítero le preguntó: “Cuando salgas de este cuerpo, ¿a dónde te vas a dirigir?”. El demonio respondió: “Yo elegiré el peor camino y me dirigiré a regiones lejanas y desiertas.” Tras esto y una vez que le reveló al presbítero que le había ordenado hablar la ocasión y el modo en que se había metido en ella, se dirigió a la mujer y le dijo: “Yo, infeliz criatura, antes de salir de tu cuerpo, golpearé tus huesos, te los romperé y te dejaré inútil como recuerdo de nuestra convivencia.” Cuando la mujer, como si fuera consciente de su enfermedad, comenzó a implorar en tono suplicante y sumiso la ayuda de los Santos, el demonio inmediatamente, gimiendo y gritando por la boca de la mujer con gran aspereza, mandaba callar a ésta, que quería hablar. Para nosotros, que estábamos presentes, era extraordinariamente admirable contemplar que aquel espíritu inmundo hablaba por boca de esta pobre mujer de un modo tan diferente y, unas veces, se expresaba claramente con el tono de voz de un hombre y otras, con el de la voz de una mujer, de tal manera que parecía que no era una persona sino dos las que disputaban con acritud en ésta y se provocaban mutuamente con sus reproches. Y verdaderamente eran dos con voluntades totalmente diferentes: una, la del demonio que deseaba quebrantar el cuerpo que poseía y, la otra, la de la mujer que deseaba liberarse del enemigo que la asediaba; esta diversidad de voluntades podía reconocerse con bastante claridad y sin rebozo a través de la disparidad de voces y la semejanza de palabras que se dirigían el uno al otro. Una vez concluido, como de costumbre, el oficio del misterio divino y cuando salíamos de la iglesia para cuidar de nuestros cuerpos, ordenamos a la mujer que esperase allí con los guardianes hasta que regresásemos, pues teníamos la confianza de que por la virtud de Cristo y los méritos de sus mártires el pérfido poseedor de la mujer no tardaría en salir; y nuestra esperanza no nos defraudó. Pues tras el almuerzo, cuando regresamos a la iglesia, el demonio se había marchado y encontramos a la mujer sana y salva, en pleno dominio de sus facultades y regocijándose en alabanzas al Señor...

Parece ser que en la literatura hagiográfica carolingia de la que la obra de Egi-nardo es la muestra literaria más representativa y la que más influencia ejercerá sobre el subgénero literario de las *translationes* posteriores es la mujer la presa preferida del diablo, extremo que no nos debe extrañar, pues la mujer en el transcurso de la Historia y, ya comenzando desde Grecia y Roma, ha sido considerada como un sujeto pasivo, sin voluntad propia y muy dada a todo aquello que conlleve algo de superstición<sup>61</sup>. Su estrechez mental, su naturaleza débil, su maldad, vanidad e hipocresía, sus desafueros de comportamiento, su ligereza e inconstancia (califica-

<sup>61</sup> N. Cohn, *op. cit.*, pp. 279-280.

tivos todos estos con los que aparece en las fuentes) la hicieron una víctima propicia de las fuerzas del mal además de ser un vehículo muy propicio, debido a su feminidad, para atrapar y hacer caer en el pecado a los cristianos. Pero la mujer carolingia no es ni malvada ni tonta por naturaleza, sino por cultura; esta inferioridad femenina que se basa en su incapacidad mental y en su maldad connatural no son más que un subterfugio cultural para hacerla presa de Satán y su presa más apetecida<sup>62</sup>. Si la mujer sufre habitualmente de posesión demoniaca, el hombre y, sobre todo el santo, sufre de obsesión<sup>63</sup>. Y en el hombre-santo encuentra el demonio la víctima más difícil. Episodios de los que la hagiografía hizo unas de sus señas de identidad bajo el modelo de las múltiples tentaciones que sufre Jesucristo. En tanto en cuanto el demonio es la representación viva de lo 'rechazable' es imagen vívida de la mujer; conexión explícita en el caso de la brujería. El competidor directo de la mujer en las operaciones de magia o en las posesiones es el sacerdote o el santo. Instruido, es el único capaz de leer los libros prohibidos; conocedor de los espíritus y de los ritos, puede volverse tanto hacia las fuerzas del mal como del bien. Y para combatir todos esos resquicios de paganismo ha creado una magia cristiana capaz de rivalizar con las antiguas creencias paganas o 'pervertidas'. Pero frente a la mujer, el hombre no es acusado de ser poseído por el demonio sino de aliarse o firmar pactos con el mismo: recordemos el caso del Papa León III (795-816), uno de los grandes magos de la leyenda medieval, o de Silvestre II, papa versado en las matemáticas y en la cábala, quien el momento de su muerte habría confesado sus prácticas demoníacas y su pacto con el demonio a través de una bella mujer llamada Meridiana para acceder al papado (El diablo le dijo que no moriría nada más que en Jerusalem; razón por la cual Silvestre juró no volver a poner el pie allí nunca. Cansado, un día mientras decía misa en una de sus iglesias de Roma, sintió que su final se acercaba. Inmediatamente se dio cuenta de la confesión del demonio: estaba celebrando la misa en una capilla consagrada a la Cruz de Jerusalem y estaba cantando la misa *Statio ad Ierusalem*)<sup>64</sup>.

En esta ocasión el diablo, a través de la boca de la mujer y ante la pregunta del exorcista, declara que *se non solum daemonem sed etiam omnium uiuentium pessimum* y recuerda la tradición agustiniana del origen del diablo: *in caelo se fuisse et inde propter superbiam deiectum esse confessus est*. Describe el infierno como un lugar subterráneo y confiesa un dogma propio de la Iglesia católica que es el descenso de Cristo, tras su resurrección, a los infiernos: *Eidem percontanti utrum Christum Dominum necne uidisset, ait in inferno eum a se uisum, tempore quo pro humani generis saluatione mori atque illuc descendere dignatus est*. Además nos presenta al

<sup>62</sup> B. Moncó Rebollo, *Mujer y demonio: una pareja barroca*, Madrid, Instituto de Sociología Aplicada, 1989, pp. 57-58.

<sup>63</sup> R. Laurentin, *op. cit.* p. 111.

<sup>64</sup> Cfr. J. C. Bologne, *op. cit.*, pp. 59-64 y esp. 62-63.

diablo en escena en el momento en que se produce el martirio de los santos, ‘obsediéndoles’: *quia, quando passi sunt, praesens adstabam ac de illorum sempiterna gloria ingenti torquebar invidia*. El demonio también muestra su poder de punición hiriendo a la mujer como *nostrae societatis memorem*, relato que sin duda nos recordará múltiples escenas de la película ‘El exorcista’ y un tópico de la literatura hagiográfica y homilética, de carácter catequético, que utiliza el motivo literario o dramático de las posesiones demoniacas como medio de conseguir el alejamiento de conductas pecaminosas.

Para concluir y antes de hacer algunas consideraciones de carácter general acerca del demonio y del hecho demoniaco, queremos insistir de nuevo y hacer una especie de recapitulación de las características de un recurso literario que hunde sus raíces en la literatura bíblica e incluso anterior, y que sirvió de motivo catequético y dramático para ejemplificar la idea del mal y su naturaleza en un mundo y en unos hombres muy proclives a entes y realidades malignas de origen pagano y con representaciones materiales, por no decir humanas, pero poco sensibilizados con realidades abstractas como es la idea misma de ‘demonio’ o de ‘mal’. Las posesiones demoniacas en mujeres ejemplificaba magníficamente, por un lado, la tendencia connatural de la mujer medieval, al menos eso aseguran las fuentes, a todo lo mágico y lo sobrenatural –o supersticioso– y, por otro, el poder del ente demoniaco, un poder que se disocia en dos vertientes: la maligna que destruye la naturaleza humana y la lacera, y la manipuladora e incitadora que hace caer al hombre medieval en el pecado y, por ende, lo lleva a la condenación eterna; concepto éste último que aterraba al hombre medieval como lo hacía a nosotros, de niños, cuando contemplábamos al igual que el hombre medieval bajo-relieves o ilustraciones en las que veíamos cómo las almas se quemaban en el infierno sin posibilidad de salvación alguna. La ‘parábola del pobre Lázaro y del rico Epulón’ estaba presente en la escultura y pintura medieval, y fue el mejor correctivo para la comunidad cristiana. Por lo tanto, demonio y salvación son dos realidades indisolubles que se dan sentido mutuamente: la una y la otra determinan su existencia reciprocamente.

La obsesión por el diablo que, en un principio, surgió del ámbito monacal, poco a poco, fue extendiéndose al conjunto de la sociedad. Los hagiógrafos y predicadores difunden ampliamente la creencia en los diablos invisibles que esperan a los pecadores a la vuelta de la esquina: los *exempla*, esas fabulillas que circularán en colecciones durante los siglos XII y XIII y de las que extraen el material los predicadores y hagiógrafos, están llenas de diablillos que acosan a los campesinos, las mujeres, los nobles, etc.<sup>65</sup> De esta manera la lucha cósmica del Bien y el Mal encuentra una justificación escatológica e implicaciones directas en la vida cotidiana. Por esta

<sup>65</sup> J. B. Russell, *Lucifer...*, pp. 294 y ss.

misma vía veremos cómo las intervenciones del demonio en todos aquellos actos relacionados con la magia y la superstición se multiplican. Esta diabolización de las prácticas se impuso, poco a poco, en terrenos tan diferentes como la medicina, la astrología, la oniromancia o la alquimia. A partir del siglo XIII, el demonio ocupará un lugar destacado en la mayoría de las prácticas supersticiosas, mágicas o irracionales, algo que servirá a la Inquisición para ampliar sus competencias.

Y como muestra del *tandem* que forman diablo y mujer, una pareja que no sólo se circunscribió a la literatura medieval y carolingia, mencionemos un episodio que sucedió en la España barroca y que ha sido objeto recientemente de estudio en una interesante monografía que lleva un título muy sugerente: *Mujer y demonio: una pareja barroca*<sup>66</sup>: El 17 de junio de 1628, el Santo Oficio de la Inquisición golpeaba en las puertas del convento de la Encarnación Benita. El Padre Maestro Fray Hernando Núñez, Calificador del Consejo de la Inquisición, penetra en él con el fin de examinar a las religiosas que lo habitan, acusadas de posesión demoníaca. Eran doce religiosas, entre los 20 y los 42 años de edad...

El demonio es en la actualidad un símbolo de contradicción y un mero producto de nuestra psicología. Mientras que en otros tiempos, como en la época medieval, suscitaba el temor y ocasionaba frecuentes preocupaciones, hoy en día es un mito para cualquier persona ilustrada, por más creyente que se confiese. Aún con todo esto, retorna constantemente a través de los medios de comunicación: son múltiples los anuncios publicitarios en los que se atrae la atención del televidente con el señuelo de “una tentación invencible”, “el tren del infierno” o “la belleza del diablo”, esta última fórmula creada por Baudelaire. Los teólogos modernos más reconocidos, incluso algunos exorcistas, apoyan este punto de vista: la acción del demonio y su existencia misma son cuestionables. Distinto es que muchas veces se ha buscado en el demonio un *alibi* que elimina el sentido de las responsabilidades humanas. Realmente la figura del demonio no ha sido otra cosa a lo largo de la historia que un agente correctivo de la conducta humana y recurso literario muy recurrente y con un gran aprovechamiento didáctico; y las posesiones, una ‘escenificación histérica’<sup>67</sup> suscitada por el exorcismo mismo que se llevó al campo del drama y de la escena dramático-literaria. Los *libelli miraculorum* carolingios buscaron a través de las escenas demoníacas la reafirmación de unos principios, en unos casos políticos, y la mayoría de las veces, religiosos, pues mediante la curación de las posesiones se ilustraba y quedaba patente la *virtus* y la *praestantia* del santo, depositario en la tierra del poder divino, y su patrocinio dentro de la comunidad donde surge este tipo de literatura. Santo y demonio aparecen en la literatura hagiográfica carolingia como dos fuerzas motrices de la acción dramática

<sup>66</sup> Cfr. nota 62.

<sup>67</sup> R. Laurentin, *op. cit.*, p. 19.



que alcanza su máxima tensión en los combates con el demonio, símbolo y poder del Anticristo, y una fuerza contra la que el hombre no puede luchar sin la ayuda directa de Dios.

### REPRESENTACIONES DIABÓLICAS



Representación de un exorcismo. *Bilderbibel*, Alemania, s. XV.



Vida de Guthlac (1210).